

## EDITORIAL



**Hna. Liliana Franco, ODN**  
Presidenta de la CLAR

La andadura eclesial está repleta de voces y de presencias; todos los que, abrazándose diversos, caminan, conversan, discernen, aportan, construyen, deciden. Todos los que en lo cotidiano se saben convocados al arte de ser hermanos y se empeñan en la desafiante profecía de lo común.

Hace unos días conocí a Juanita, vive en la Amazonía peruana, tiene un puesto de venta de comida, en un caserío rural. Madruga, llega a su faena cotidiana cuando los gallos empiezan a cantar y se va cuando se asoman las estrellas. No para de servir, de un lado a otro camina atenta a las necesidades de los demás. De ella recibí gratis: jugo, fruta, cariño y testimonio. Juanita cree, con esa fe heredada que es soporte suficiente para enfrentar lo adverso, con esa que anima a reunirse en torno a la Palabra, a orar y buscar juntos el querer de Dios. Cree y su fe, es motor para la acción que transforma y para el compromiso que abre surcos de es-

peranza. La voz de Juanita es tímida, pero su compromiso elocuente.

¡Cuánto bien nos hará escuchar las voces que surgen en tantas parcelas del Reino! Todas ellas evidencian que son posibles otros modos relacionales. Voces de niños, de jóvenes, de mujeres, de campesinos e indígenas; voces de minorías y voces que resuenan desde las periferias; voces que susurran o retumban, que cantan y gritan, voces que le abren paso al Espíritu.

En escucha atenta a tantas y tan diversas voces, acontece la acción del Espíritu, esa que crea la Iglesia. Él es el origen, el protagonista de la andadura eclesial. Él en tanta sumatoria de encuentros y escuchas, hace posible la comunidad. Es el Espíritu quien nos posibilita la experiencia de ser y sentirnos hermanos; es Él, quien configura el rostro multicultural y nos lanza a vivir la comunión, la corresponsabilidad. Quien nos anima a tejer en lo cotidiano el vínculo, la relación, la amistad, el afecto y nos impulsa a querernos, creernos y cuidarnos.

Escuchar todas las voces y a los sujetos emergentes es el imperativo. El Espíritu no tolera la uniformidad y por eso hace en todos y en todo, el milagro de la diversidad. Lenguas, sensibilidades, colores, dones... Todo diverso y todo llamado a la unidad, todo plural y urgido de comunión.

La unidad es fruto de la acción del Espíritu y nos exige vivir lo que propuso el Papa Francisco, en su Carta con motivo del año de la Vida Consagrada: "la mística del encuentro, la capacidad de escuchar, de escuchar a las demás personas.

La capacidad de buscar juntos el camino, el método"<sup>1</sup>. Todo, a imagen de la Trinidad, como modelo de toda auténtica relación que rompe con la homologación. En lo más auténtico del encuentro no se eliminan las identidades personales, cada uno llega al escenario de la relación, con lo que es, con su historia y sus sensibilidades, permeado por una realidad y moldeado por una sumatoria de saberes y experiencias vitales. La marca de la propia identidad hace a cada persona portadora de un don, un carisma y un estilo concreto, todos únicos y diferentes. Así lo expresa Joan Chittister: "toda persona vive para hacer algo que únicamente ella puede hacer. Cada uno de nosotros es llamado, en virtud de lo que amamos y hacemos bien, a dar al mundo algo que llevará el sello de nuestra presencia en él. Somos llamados a añadir algo a la creación del universo"<sup>2</sup>.

El rostro de la Iglesia es plural, un poblado variopinto, repleto de diversidad, pero la llamada que desde el origen ha resonado con fuerza es: "...que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado"<sup>3</sup>. Sólo en adhesión a Dios, desde auténticas dinámicas de escucha y conversión y con consciencia de hermandad, es posible la configuración del pueblo.

Esta edición de la Revista de la CLAR, llega para recordarnos la necesidad de escuchar todas las voces, de abrir espacio a todos en la "tienda", en la casa, en la mesa del encuentro. Nos propone construir la novedad, el futuro con esperanza; escucharnos en tiempos de transformación, generar procesos de auténtica conversación espiritual que nos dispongan al compromiso corresponsable en la construcción de la Iglesia. Gracias a todos los que han hecho posible esta reflexión honda, sopesada, discernida, vital. Sin duda, será un buen insumo para nuestra formación en sinodalidad.

Nos adentramos ya, en el misterio pascual. Una elocuente imagen que nos acompañará a lo largo de estos días es la de un banquete servido por mujeres, con una mesa grande y redonda, en la que todos se reconocen hermanos, y ninguna burocracia, exclusividad, ni clericalismo le hace sombra a la presencia y a la acción de un Dios que sin distingo de edad, nacionalidad o género llama a lo insospechado de su Reino, al amor hasta el extremo, a la entrega incondicional de la vida, para que, en la mesa de todos, haya pan y nadie caiga en la tentación de sentirse superior a los demás. La plenitud eclesial es posible, allí donde hay hermanos, donde todas las voces resuenan con fuerza para movilizarnos. En ese espacio limítrofe y germinal en el que se sitúan las Mujeres del Alba, aferradas a la vida, revestidas de esperanza y como Juanita, la mujer de la Amazonía, dispuestas a darlo todo...todo.

<sup>1</sup> Francisco, Carta con motivo del año de la Vida Consagrada.

<sup>2</sup> Chittister. *Ser Mujer en la Iglesia: Memorias Espirituales*, 59.

<sup>3</sup> Juan, 17, 21.